

## UN APARATO ELECTRONICO QUE SALVAGUARDA LA CALIDAD DE LOS MATERIALES FOTOGRAFICOS SENSIBILIZADOS

«Ojos que ven en la oscuridad», es un título que podría sustituir también al anterior. Este instrumento electrónico está constituyendo un valiosísimo auxiliar en la fabricación de materiales fotosensibles, porque permite observarles a través de las diversas etapas de su elaboración; contribuyendo así muy eficazmente al mantenimiento de la alta calidad de los mismos.

Dicho aparato, llamado «snooperscope», es el que emplea actualmente la compañía Eastman Kodak, de Rochester (USA). Trátase de la adaptación de un invento realizado durante la segunda guerra mundial, que permitía a los soldados de los Estados Unidos observar en la oscuridad las instalaciones del enemigo.

El órgano principal de este aparato electrónico, es un pequeño tubo que funciona de forma similar a la pantalla de un receptor de televisión. Una pila eléctrica especial suministra la energía necesaria, y la fuente de iluminación es similar a una lámpara de alumbrado corriente, pero que tiene un filtro que detiene los rayosvisibles y deja sólo los infrarrojos que son captados por el diminuto tubo, debido a su gran sensibilidad a la zona infrarroja del espectro. Una carga eléctrica de 16.000 voltios «empuja» los electrones hacia la pantalla fosforescente (cuyo diámetro es menor de 2 centímetros), donde se transforma en una imagen. Esta imagen es amplificada por un sistema óptico a fin de hacerla fácilmente visible a simple vista.

La compañía Kodak utilizó este aparato por primera vez en su División de Revestimiento de la Emulsión. A causa de la sensibilidad extrema de la emulsión fotográfica, antes sólo se empleaba una iluminación sumamente débil para inspeccionar la emulsión, con lo que era difícil descubrir las diminutas burbujas que se forman a veces en la emulsión. El nuevo aparato ha resultado ser muy valioso en este sentido.

Pero también se está aplicando este dispositivo electrónico a otros campos de la elaboración de productos Kodak. Y a medida que se van encontrando nuevas aplicaciones para este aparato, tiene que ser readaptado a cada uso específico. Cada modificación es un auténtico triunfo, pero en cada caso, los ingenieros han conseguido pleno éxito.

Actualmente se encuentran en servicio unos 150 dispositivos electrónicos, en las instalaciones industriales y laboratorios Kodak localizados en América y en el extranjero. Son los vigilantes permanentes de la alta calidad, que ha hecho famosos a los productos Kodak en todo el mundo.

Un ingeniero Kodak sostiene el tubo electrónico, que forma el corazón del «snooperscope», dispositivo electrónico que permite ver en la oscuridad. La finalidad de este aparato es permitir la inspección de los productos Kodak durante el proceso de su fabricación, contribuyendo así a garantizar la alta calidad de los mismos



# SOBRE EL SABER Y EL DAR A CONOCER

Domingo Campillo García  
Dpto. de Bellas Artes. Universidad de Murcia  
docampi@um.es

## ON KNOWING AND MAKING-PUBLIC

**ABSTRACT:** The notion of objectivity has always been associated with the processes of legitimization of knowledge. It constitutes a normalizer that has provided the cornerstone for the major epistemological models since Modernity and that continues to uphold its unshakeable status as regulator of gnosiological progression. Considering the humanities, in general, and artistic practice, in particular, as a field of knowledge that is subject to the volubility of the subjective and/or the emotional – a notion that is broadly accepted – has left them in a precarious position as regards their capacity to produce useful knowledge beyond the immediate sphere in which they operate. This article traces a discourse on the legitimacy of the reference points that are assumed and/or established to provide an irrefutable position in the face of the difficulty of allowing – and therefore accrediting within the subsumed program of utility – reference points that are subjective and operate as local modules of knowledge.

**KEYWORDS:** Artistic practices, knowledge, legitimization, objectivity, research, diffusion

**RESUMEN:** La noción de objetividad ha sido asociada a los procesos de legitimación del conocimiento constituyendo un ente normalizador sobre el cual se han cimentado los grandes referentes epistemológicos desde la Modernidad y que aún mantiene su estatus inamovible como fiscalizadora de la progresión gnoseológica. La consideración de las disciplinas humanísticas en general y la práctica artística, en particular, dentro de una categoría supeditada a la volubilidad de lo subjetivo y/o de lo emocional, ampliamente asumida, la ha situado en una posición precaria en tanto productora de un conocimiento útil más allá del ámbito desde donde se desarrolla. Este artículo traza un discurso en torno a la legitimidad de las referencias asumidas y/o establecidas en tanto puntos de posicionamiento fidedignos frente a la dificultad que supone la admisión, y por tanto la acreditación dentro del programa de utilidad subsumido, de los puntos de referencia subjetivos, establecidos en tanto módulos locales de conocimiento.

**PALABRAS CLAVE:** Prácticas artísticas, conocimiento, legitimación, objetividad, investigación, difusión



## 1. El asunto de la acreditación de lo que se conoce

La difusión de una investigación es la etapa que cierra el proceso de trabajo que la ha dado lugar. En general, se establecen dos vías de comunicación para dar a conocer los resultados obtenidos y los métodos empleados para lograrlos: de forma oral –presentación en foros, conferencias, seminarios...– o por escrito...: actas de congresos, capítulos de libros, o artículos en revistas especializadas. En cualquiera de estos dos casos la valoración de las aportaciones relativas al campo de Artes y Humanidades siguiendo parámetros bibliométricos, casi en exclusiva, de manera idéntica al examen y/o acreditación que se realiza tradicionalmente en las disciplinas científicas hacen que la producción de conocimiento en dicho campo, y en particular en el ámbito de las prácticas artísticas, se normalice abandonando metodologías y procesos exclusivos de esta disciplina (De Laiglesia, 2008; Moraza, 2012). Esta situación se ha hecho más evidente en el contexto de las enseñanzas universitarias en donde, a raíz de la obligatoriedad de esclarecer la actividad del profesorado a través de la valoración de sus méritos o aportaciones investigativas, se comprueba el controvertido asunto normativo de establecer la objetividad como paradigma de la investigación en todos los campos del conocimiento (De Laiglesia, 2008:21-22). Y esto cobra un particular relieve en cuanto que la fiscalización de dicha actividad formaliza la relación contractual y de estatus de los docentes en un mismo nivel y en todo el orbe universitario.

En lo que sigue a continuación se desarrollará un análisis del estado de la cuestión referido al estatuto de legitimidad de las referencias subjetivas y a la tentativa de aproximación hacia un entendimiento común de esas referencias –inciertas en tanto no objetivadas *per se*– que la habiliten como conocimiento consuetudinario y, por tanto acreditado.

De manera general, el desarrollo de un trabajo con unas características tan marcadas y dirigidas como el que nos ocupa, exige unas conclusiones que deben reafirmar los postulados de inicio establecidos, siguiendo una estructura e intentando fundamentar la validez de los razonamientos deductivos. Digamos que esta manera de proceder sería inherente a los principios de la lógica clásica y a los preceptos establecidos en el método cartesiano. Entonces, si afirmamos la validez de un argumento podemos asegurar que es imposible que su conclusión sea falsa si sus premisas son verdaderas. No podría ser de otra manera ya que un trabajo de investigación, cuando se divulga, reproduce los pasos dados hasta llegar a cumplir el objetivo marcado, observando una buena fundamentación metodológica y una adecuada concreción del propio objetivo, apoyado por unos antecedentes que sitúen nuestras proposiciones oportunamente. Así, solo si el descubrimiento ha sido ya justificado podrá propiamente llamarse descubrimiento.

Partiendo desde este antecedente, podemos verificar que los valores constantes son predecibles y fidedignos dentro de una estructura neutra y no contaminable que no condicionaría a las expectativas intuidas, de tal forma que la justificación de los resultados no sería función de unas variables no conocidas o impredecibles. Esta estructura debe atesorar la condición de que los agentes o elementos que la componen tienen que obedecer a ciertas normas, establecidas a priori, que comporten un acotamiento de sus propiedades intrínsecas y de sus influencias extrínsecas, unívocamente con otros agentes o elementos de su entorno. La simplificación de los fenómenos que actúan, de tal forma que se puedan establecer clasificaciones y/o categorizaciones, conllevarían una aceptable carga de control sobre el proceso,



siempre que cada uno de los elementos, a su vez, estuviera controlado en su intervención y no desarrollara ni admitiera cambios espurios propios o ajenos en su propiedad principal utilizada. Siendo vigilante con dicha condición, el sistema estudiado sería objetivamente cerrado a otro subsistema, y cada agente interviniente en el interior del mismo cerrado al contiguo. No cabe duda que estas condiciones formarían parte de un ambiente creado al efecto, unas condiciones de laboratorio específicas en las que el objeto de estudio se representaría como la posibilidad de su existencia fuera del sistema acotado.

Si los resultados aparecieran como una solución no centrada conforme al enunciado previo establecido, podría significar: o bien, que las operaciones llevadas a cabo no se han desarrollado de acuerdo a unas reglas operacionales apropiadas, conocidas y mancomunadas dentro del campo de aplicación atribuible al entorno en cuestión, o que la solución, aun partiendo de datos concisos y controlados, pasa por la posibilidad de estimación de que las premisas asumidas no establecen un resultado concreto, sino una indeterminación. Inevitablemente, esto implica que la estrategia mantenida para la tramitación resolutoria de la cuestión, de la pregunta, de la duda impugnable en la propuesta inicial, sobreviene incierta o ineficaz, pues conviene, conforme al resultado, a una toma de posición que nos devuelve a un estado primario, aunque ya contaminado por la propia observación del proceso, sin que esto deba suponer, por lo demás, un dato negativo ni superfluo.

Entonces, operar en un sistema cerrado, por ser teóricamente estacionario, validaría un método para abordar una determinada acción en él y nos proporcionaría un programa de actuación encauzado al fin previsto, incluyendo dispositivos mecánicos o legales, o ambos simultáneamente, observando y exigiendo una disciplina en su reglamentación y su aplicación, al efecto del óptimo rendimiento de ese sistema, incluyendo su replicabilidad.

Pero podemos hablar y establecer un sistema cerrado, en tanto en cuanto la narración de los hechos se hace con los deberes cumplidos. La rememoración de los hechos constitutivos del proceso que concluyen en el descubrimiento formaliza la metodología que se ha de seguir para la certificación de lo concluido. Y esta formalización debe participar de un ámbito común de terminologías, de reglas que estipulen y ordenen los pasos seguidos sin bifurcaciones que lleven a vías muertas o ineficaces al fin primario, pues es la razón de ser del descubrimiento que lo que está oculto o no visible se desvele, y se promulgue para que sea.

Este reconocimiento nos obligará a invertir el orden *natural*: primero el descubrimiento de la verdad, después su justificación y, por tanto, a admitir que el descubrimiento solo tiene un sentido retrospectivo respecto de su justificación, y que solamente desde ella puede alcanzar su significado gnoseológico.

Tampoco una predicción o un propósito pueden llamarse verdaderos antes de que sea satisfecho. La atribución de la verdad a la predicción o al propósito, en el momento de ser formulados, carece de sentido. Solo puede alcanzarlo retrospectivamente, precisamente cuando la proposición ya no es predicción o propósito.

En este contexto, Mieke Bal recurre al término *analepsis* refiriéndose al modo de exponer (narrar) los hechos constitutivos de una investigación científica. Considera que la normatividad epistemológica plantea en este sentido una inconveniencia de lógica temporal, pues esta normatividad legalista dicta a priori qué es lo que re-

quiere de una explicación y un análisis. Si situamos primero lo que debe ir después (analepsis), a nivel de la narración del trayecto que lleva desde la pregunta hasta su resolución, en términos tanto de temporalidad como de causalidad, la relación entre estos términos se vuelve borrosa, «si es que no se suspende» (Bal, 2006:39).

## 2. Legitimación de la referencia

La imagen de la Tierra como esfera es una buena imagen que se acredita a sí misma en cualquier situación; también se trata de una imagen simple. En resumen, trabajamos en ella sin ponerla en duda. (Wittgenstein, 1988:Prgf. 147).

El párrafo que encabeza este apartado, tomado fuera del contexto de las ideas recogidas en *Sobre la Certeza* en la que se inscribe, nos estimula a plantear una reflexión. Si se nos permite el pormenor, esa imagen de la Tierra es una representación que satisface el planteamiento de Wittgenstein de modo general, si lo que quiere decir con cualquier situación se refiere a lugares, a la sociedad que habita esos lugares, donde se reconozca tal representación: «su asimilación es una condición previa para entrar en el juego del conocimiento, que es el juego de dudar, comprobar, convencerse, etc. La imagen del mundo se adquiere junto con la capacidad de hablar de un mundo.» (Faerna, 1990:86).

Teniendo en cuenta que la representación del globo terráqueo se realiza con el Norte en la parte superior y el Sur en la inferior, ¿tendríamos la certeza de estar situados en el mismo sitio si intercambiamos la posición de los polos? ¿No nos encontraríamos con el esfuerzo de volver a situar nuestros puntos de referencia? En definitiva, ¿esta nueva situación no nos haría sucumbir ante la incómoda paradoja de reconocer, aunque sea de manera temporal, nuestra total desconfianza ante la ruptura de la representación paradigmática de lo que pisamos y que, de hecho, es el único punto de apoyo físico que nos establece como habitante de eso a lo cual representa? Continuando con nuestra proposición de cambio de polaridad, la idea de que el sol sale por nuestra derecha según miramos la representación, debería transformarse en: el sol sale por nuestra izquierda y, por tanto, el Sur estaría arriba y el Norte abajo<sup>1</sup>. Una afirmación que sostiene De Diego (2008:37) cuando reflexiona acerca de las imposiciones del sistema visual de Occidente y de sus representaciones: «¿reconocemos las cosas sin más cuando las vemos o las traducimos a partir de ese sistema común? [...] Cuesta reconocer la forma cuando la convención se tambalea: cambia la posición y cambia la representación».

Evidentemente, la supresión de las infinitas posibilidades relativas de representación o de situación de los puntos de referencias desde los cuales estructurar lo que se conoce, en este caso como imagen de la Tierra, revierte en un modo común de establecer un diálogo en torno a lo que se sabe o discernir el sentido del trayecto de lo que se quiere saber o descubrir, de tal manera que la divagación o la duda no sea el refugio inmóvil y estéril que no permita fijar un punto de establecimiento o de partida en el desarrollo cognoscitivo. «Dudar es –al igual que comprobar, suponer, creer– parte de una actividad que literalmente no tiene sentido si no tiene la segu-

<sup>1</sup> A este respecto, Feyerabend aduce el poder que sobre las mentes de los contemporáneos de Galileo tenía «el esquema conceptual primitivo que supone un mundo anisótropo, esquema contra el que Galileo tuvo que luchar», y que introducía en la cotidianidad del sentido común arriba y abajo como términos absolutos. (Feyerabend, 2007:71).

ridad como punto de referencia; la duda presupone el dominio de un juego de lenguaje en el que hemos aprendido a no dudar de ciertas cosas» (Faerna, 1990:87).

Esta afirmación sugiere una práctica irrefutable de acreditación, de establecimiento de la certeza como punto de apoyo y comparación en el juicio de lo contingente, y la existencia de una institución que lo derogue o lo promulgue. Una certeza que implica, al modo cartesiano, la premisa de la neutralidad del lenguaje observacional: separar el observante de lo observado.

Torres García, poniendo especial énfasis en la cuestión geopolítica y territorial de la convención Norte-arriba / Sur-abajo, escribió: «[...] en realidad nuestro norte es el Sur. No debe de haber norte para nosotros, sino por oposición a nuestro Sur. Por eso ahora ponemos el mapa al revés, y entonces ya tenemos justa idea de nuestra posición, y no como quieren en el resto del mundo. [...] Porque el norte ahora está abajo. Y levante, poniéndonos frente a nuestro Sur, está a nuestra izquierda» (Torres García, 1984:193)<sup>2</sup>. Más allá de la exaltación y reclamación de la cultura del Sur en contraposición a la del Norte y la proclama, aprovechando[nos] a[de] Benedetti, de que *el Sur también existe*, la cosa no abrigaría mayor problema más allá de la incertidumbre que provocaría el cambio hasta que la costumbre se hiciera cargo de todo. Entonces, el reconocimiento de nuestra situación ¿no correspondería a una normalización general y aceptada, quizás ineludible y subliminar, parecida a la de conducir un automóvil por un determinado carril de la vía? «Al final ¿quién dictamina cuál es el Norte y cuál es el Sur con todas las consecuencias que esta división conlleva?» (De Diego, 2008:17).

La interrogante lanzada por De Diego nos sitúa al lado del argumento de autenticación o certificación de lo que se sabe: la *legitimación* de Lyotard (2000:21 y ss) en tanto planteamiento de la cuestión del estatuto del saber cuándo interroga sobre «quién decide lo que es saber, y quién sabe lo que conviene decidir». El propio Lyotard sostuvo que el discurso humano acontece en un número extraordinario de dominios distintos que no tienen el privilegio de entregar o emitir juicios de valor entre ellos: «la sociedad que viene parte menos de una antropología newtoniana y más de una pragmática de las partículas lingüísticas. Hay muchos juegos de lenguaje diferentes, es la heterogeneidad de los elementos. [...] es el determinismo local» (Lyotard, 2000:10). Un determinismo, por añadidura, que haría imposible el contaje de las prácticas y sus resultados si la tarea es conocer la multiplicidad de vectores implicados en el sistema social. «Los decididores intentan, sin embargo, adecuar esas nubes de sociabilidad a matrices *input/output*, según una lógica que implica la conmesurabilidad de los elementos y la determinabilidad del todo. La aplicación de ese criterio a todos nuestros juegos, no se produce sin cierto terror, blando o duro: sed operativos, es decir, conmesurables, o desapareced» (Lyotard, 2000:10).

Como tan certeramente desarrolló Hacking, –el título ya pronosticaba la síntesis de la obra– en *La domesticación del azar* (Hacking, 1995), la mensuración fue determinante para racionalizar y clasificar por causas y efectos los acontecimientos, de forma que la operatividad estadística constituyó un método de control que satisfizo la estandarización y la creación de modelos de inferencia aplicables a cualquier práctica social. En este contexto, Cray (2008:36) sostiene que la invención en el si-

<sup>2</sup> Transcripción de la conferencia *La escuela del Sur* dictada en 1935.

glo XIX de nuevos aparatos de visualización respondieron al empeño de cuantificar y formalizar los procedimientos fisiológicos de la visión, subrayando que «[estos aparatos] son el resultado de una compleja reconstrucción del individuo, en tanto observador, en algo calculable y regulable, y de la visión humana en algo mensurable y, por tanto, intercambiable». Sáez Rueda (2009:26) abunda en este sentido:

La odisea racionalista en el sentido instrumental [...] es tarea desbordante. Necesita operacionalizar su proceder, lo que no puede hacer sin un riguroso sistema de clasificación, encasillamiento, reglamentación, que nos conduce, a un ritmo espeluznante, a una especie de «mundo administrado» en el que se angosta intensamente la praxis autónoma, la libertad creadora, la invención irruptiva y la intervención disruptiva. Se diría que, tendencialmente, nos acercamos a una situación en la que cualquier iniciativa humana adquiere ser o carta de naturaleza solo en la medida en que lleva el marchamo de la existencia administrada.

Definitivamente, parece que las prácticas sociales ostentarán credibilidad en tanto sean sancionadas por los agentes racionalizadores siguiendo un principio de homologación que estipula su adecuación al modo común de prácticas del grupo o sistema. No dar crédito o no tenerlo parece que es un *leit motiv* suficientemente trascendente como para no tenerlo en cuenta y el dilema se resuelve auspiciando el revoco de la práctica en liza a la periferia de lo céntrico, al territorio de lo ex-céntrico, fuera del orbe y desacreditado: «condenadas a recluirse en la intimidad subjetiva, a las valoraciones se les ha arrebatado su nexo con la verdad. Pues lo puramente subjetivo carece de la fuerza vinculante necesaria que requieren los asuntos inter-subjetivos. Estos quedan en manos de especialistas y técnicos en la cuestión y se convierten en problemas objetivables que una clase de tecnócratas han de administrar y custodiar» (Sáez Rueda, 2009:27). De hecho, la refutación de las proposiciones empíricas basadas en datos adquiridos por los sentidos, ya se ha estado constatando, ha venido siendo práctica habitual desde las consideraciones cartesianas, habilitando la idea que establecía que esos datos eran expresión de un mero saber práctico, no propiamente conocimiento. Así, el paradigma racional tuvo (tiene) un efecto problemático al privar de estatuto epistemológico a lo que generalmente se conoce por conocimiento empírico. En torno a esta idea, Habermas (2005:162-163) sostiene que el positivismo ha impuesto sus exigencias dogmáticas haciendo coincidir el conocimiento con el interés. Un punto que entronca con la idea de progreso instaurada desde Bacon y que establecía que el fin del conocimiento era la utilidad (Bury, 1971), causando «la distinción entre enunciados descriptivos y normativos, [que] obliga a discriminar gramaticalmente los contenidos emotivos respecto a los cognitivos» (Habermas, 2005:173). En este mismo apartado se refiere al concepto de interés como guía del conocimiento: «por la experiencia diaria sabemos que las ideas sirven bien a menudo para enmascarar con pretextos legitimadores los motivos reales de nuestras acciones. A lo que en este plano se denomina racionalización, en el plano de la acción colectiva lo llamamos ideología» (Habermas, 2005:173). Como es sabido, en el sistema de referencia científico, se estima el sentido de los posibles enunciados determinando unos métodos que validan una disposición de las teorías y que al mismo tiempo la contrastan, realimentándose progresivamente. Así, siguiendo unas determinadas reglas metodológicas, los acontecimientos y sus explicaciones, o sea, la comunicación intersubjetiva del hecho se constituye en base a unos patrones que lo verifican. Y en esto adquiere una función principal el máximo control, ante todo técnico, de los procesos objetivados dentro de una legitimidad científica que se otorga, corporativamente, «si obedece las leyes del procedimiento científico» (Bal, 2006:28).

En este contexto, Stiegler (2003) se propuso demostrar que el hombre está necesitado de orientación, de una asistencia técnica, porque está originariamente desorientado; en particular, nos enfrenta a la particular desorientación de una época sometida a la *industrialización de la memoria* en la que el tiempo somete al espacio y de la que, entonces, están ausentes los puntos cardinales. Afirma que las sociedades modernas se legitiman por la dominación de la racionalidad científica que, paulatinamente, se expande a todas las prácticas sociales, incluidas las que denomina comunicativas, negadas a un tiempo en su particularidad: «[...] la tecnocracia, no tanto el poder de los técnicos como los técnicos al servicio del poder, el poder por medio de la técnica a la vez como eficiencia y fuente de legitimidad» (Stiegler, 2003:28-29).

Esas prácticas no racionalmente científicas, en su más estricto significado, las comunicativas de Stiegler, definitivamente habitan en un lugar comprometido, quedando al margen del estatus de la consideración como práctica productiva y, por ende, deslegitimadas desde la posición de un programa que legitima lo cuantificable y el hecho consumado y comprobado. Una situación, por otro lado, que dificulta la solicitud de credibilidad, por sí misma, ante la imposibilidad de conceder un valor exacto, en tanto dato cuantificable, a sus procesos y sus conclusiones, y por establecer que el trayecto cognoscitivo tiene por objeto determinar una posibilidad, es decir, una preocupación, que es lo mismo que tratar con una indeterminación.

### 3. Legitimación-[visibilidad] de la incertidumbre

[...] ¿es practicable una legitimación del lazo social, una sociedad justa, según una paradoja análoga a la actividad científica? ¿En qué consistiría?». (Lyotard, 2000:10).

Con todo, ante la incertidumbre de poner un nombre a lo que no ha sido todavía nombrado, la dificultad de situar o situarnos sería trivial si no hubiera que dar carta de naturaleza pública a la situación. Aun con esa salvedad, la introspección podría no ser un *modus vivendi* de circunstancias intelectualmente sanas, aunque salvaría el atrevimiento de procurar encontrar una serie de palabras (o el anaquel donde se encuentran ya escritas) que dieran significado y constancia al acontecimiento u objeto.

Es admisible, con la necesidad de orientación de Stiegler, que cierto conocimiento se establece en torno a cierto poder consensuado e instituido, consuetudinario en el aspecto de mutuo interés en el aprovechamiento de las facultades adquiridas, ordenadas para su uso y retroactivas en tanto el resultado de la función concluyente se implica en la señal que le dio principio. Sucesivamente, el mecanismo controlador, que a estas alturas se podría denominar definitivamente aparato racionalizador, no solo establece el nodo de entrada al módulo de tratamiento de conocimiento donde se opera y configura la salida, sino que el valor que toma esa salida es introducida de nuevo en el sistema, en una suerte de multiplexación orientada de canales.

Es decir, las facultades alcanzadas acarrearán todo el inventario, expresado o subyacente, de prácticas empleadas en el trayecto hasta su identificación como conocimiento facultativo. Si, como se apuntaba anteriormente, el conocimiento es una modalidad de poder de dominio sobre la cosa, es estimable que su acción, entonces, sea inherente a la acumulación y yuxtaposición de los saberes acarreados.



Presuponer y subsumir tal manifestación, no previene de la contradicción a la que indefectiblemente está abocado su establecimiento como práctica social cotidiana. Tampoco la reflexión es nueva. Y el menospreciado y denostado refranero español da buena cuenta de ello: «quién a buen árbol se arrima buena sombra le cobija». ¿Quién ostenta el poder sobre o para qué? ¿Quién lo aprovecha? De otra forma, ¿quién lo extiende: el que lo publicita, el árbol a través de su sombra, o el que se encoge en ella? La dilución de los efectos del poderdante y el atribulado, interferentes entre sí, tiende a una homogenización de sus efectos y a una nueva clase de interacción que suspende la reversibilidad a los orígenes: el establecimiento de nuevos patrones de las prácticas en litigio que somete al sistema a un constante *equilibrio*<sup>3</sup> entrópico.

A este respecto, cabe señalar la división que realiza Von Bertalanffy (2006), distinguiendo la entropía positiva y la negativa. La entropía positiva es la tendencia de los sistemas cerrados a evolucionar hacia el máximo desorden, la máxima indiferenciación y desintegración: es la tendencia hacia la destrucción del orden. La entropía negativa, por el contrario, es propia de los sistemas abiertos y es la predisposición hacia el máximo orden. Levi-Strauss, por su parte, sugirió el término *entropología* (Levi Strauss, 1988:467), una partición plausible de las ciencias antropológicas que debería investigar la desestructuración y desintegración de los marcos de referencia establecidos en las prácticas sociales. Levi-Strauss planteaba que cuanto más desarrollada es la organización social de una cultura, tanta más entropía produce, es decir, tanto mayor es su desintegración: «mientras que las sociedades “primitivas” o “frías” producían poca entropía, o ninguna, las sociedades “calientes” producían cantidades enormes» (Lingwood y Gilchrist, 1993:18-19).

¿Podemos atribuir esta caracterización a lo que se sabe o lo que se conoce? Y más, ¿la disposición de lo que se sabe como centralidad o exactitud del orden lleva imbricada una propensión animada y semoviente al desorden? Si trazáramos una línea que concretara una función dispuesta con todas las variables que intervienen en esa caracterización, resultaría una curva que representaría un ciclo que cumpliría con los distintos estadios entre el orden y el desorden, en continua rotación, pero con una varianza en los valores de los estados primitivos que, sin manifestación externa, devendría en irreversible.

Con carácter general, se podría considerar que la estipulación que concede legitimidad al dato omnisciente encuentra en el icono, en el nodo de encuentro de los vectores de las prácticas comunes (común, en esta ocasión, en el sentido de cotidianidad), la justificación y el apremio para lograr dominar el siguiente punto. Si matematizáramos esta cuestión mediante alguna clase de algoritmo –y esto nos vuelve a remitir a Hacking– se determinaría que la confluencia de esos vectores marcaría paulatinamente las referencias atribuibles a un entendimiento *homótopo*<sup>4</sup>, flexible en un cierto grado a las injerencias de las prácticas individuales pero suficientes para su uso mancomunado. Es decir, el resultado reportaría una modelización, ideal por tanto, de la cosa o la escena basada en concreciones discernibles y homologables sobre la totalidad. Dicho con una intención aproximativa, resultaría esclarecedor el parangón con la práctica de muestreo de señales empleada, en

<sup>3</sup> El resaltado quiere acentuar una aparente contradicción. Si bien la tendencia hacia la homogeneización en un sistema, en este caso, los efectos de las relaciones de poder entre individuos, es implícitamente un factor variable con incrementos de carácter exponencial, se adjetiva *equilibrado* en tanto el proceso es continuo desde un punto de apreciación dinámico, lo cual no tiene que establecer uniformidad en dicho proceso.

particular, en teoría de los sistemas de telecomunicación. Básicamente, se trata de convertir una señal analógica, continua en tiempo y amplitud, en una señal discreta en el tiempo, muestreando los valores de amplitud que toma dicha señal en intervalos periódicos de tiempo. El muestreo será tanto más válido cuanto la relación entre señal original y señal originada por el mecanismo codificador se aproxime a la unidad. Indudablemente, esta codificación no tendría sentido si previamente no se ha establecido una estrategia de toma de muestras, una adecuada manipulación de los datos obtenidos y, finalmente, una optimización de la información producida. El objetivo es extraer valores puntuales lícitos, en tiempo y extensión que faciliten su procesado eficaz. Es decir, mediante la extrapolación de muestras finitas del continuo se habilitan nuevos modelos de señal o de información que dispensan y equivalen a la primitiva infinitud de valores en el tiempo, de tal forma que el tratamiento sobre la señal primigenia facilitaría su control. La utilidad de esta técnica no ofrece objeción, cualquiera que sea su objetivo: facilita el ordenamiento y clasificación del *input* y la estabilidad de lo incomensurable.

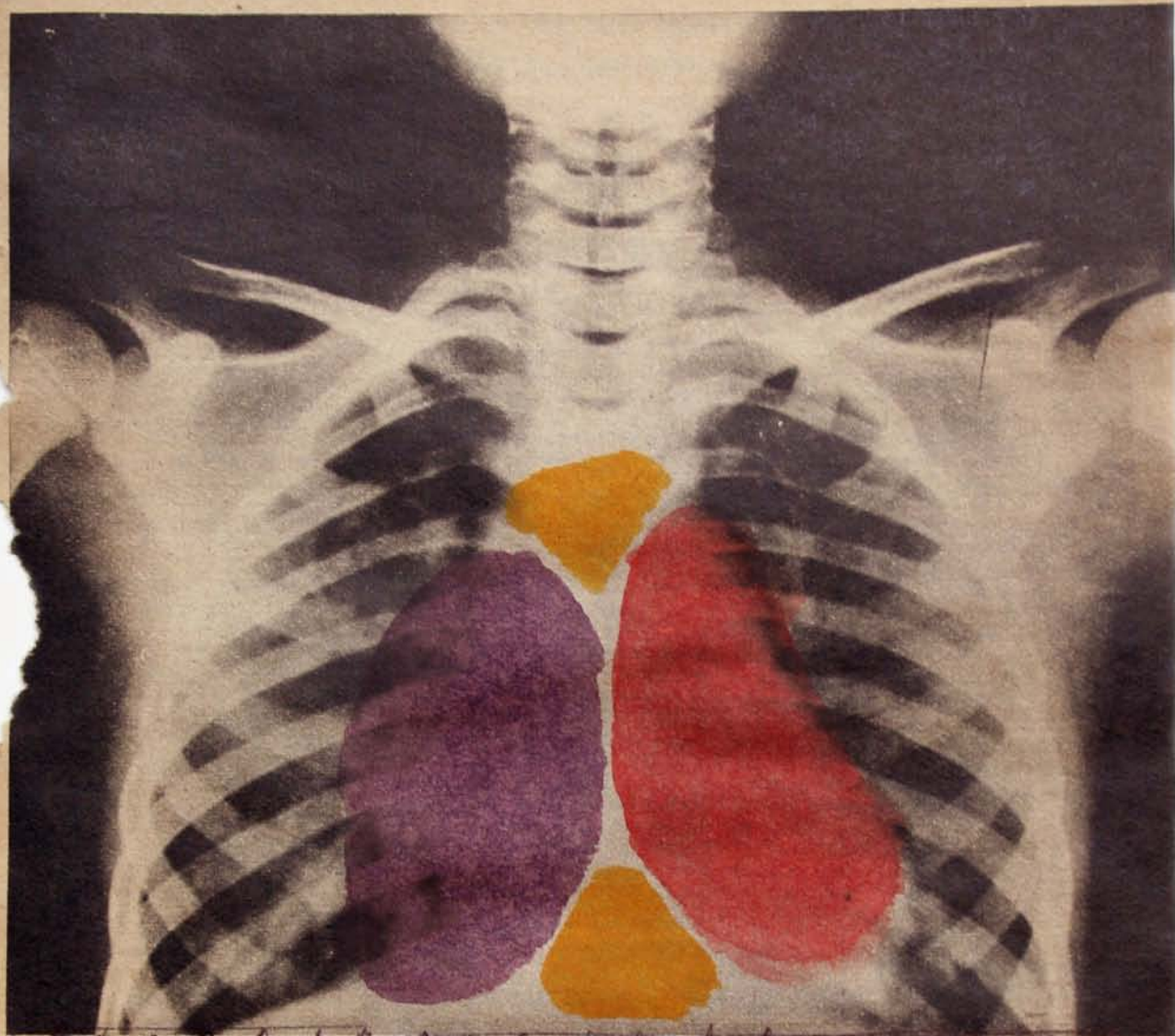
A un nivel cualitativo, valorativo por tanto, Robert Smithson quiso demostrar la irreversibilidad de la eternidad mediante un *experimento* vacuo para la verificación de la entropía: «Imaginemos el cajón de arena dividido por la mitad, con arena negra en un lado y blanca en el otro. Cogemos un niño y hacemos que corra cientos de veces en el sentido de las agujas del reloj por el cajón, hasta que la arena se mezcle y comience a ponerse gris; después hacemos que corra en el sentido contrario al de las agujas del reloj, pero el resultado no será la restauración de la división original, sino un mayor grado de grisura y un aumento de la entropía» (Smithson, 2006:28).

El juego/proposición de Smithson establece un oportuno apoyo práctico a la distinción planteada por Bertalanfly si bien no podemos estimar (en su escrito no considera tal diferencia), si toma en consideración como inicio de su teórica experiencia al cajón de arena como sistema abierto o cerrado. Lo cierto es que el movimiento de granos negros y blancos, su progresiva desorganización como conjuntos reglados de elementos con una característica común, aún coartando y supeditando la libre circulación de los pasos que remueve los granos de una arena a otra, a un propósito de medida y control, no promete una conclusión estable de la disposición de los granos, pues si el movimiento continúa y se dispone de energía para mantenerlo, el orden primero que progresivamente sería amenazado por el continuo pasar de los pies del niño devendría en una nueva situación expuesta a nuevos embates desordenadores.

La consecuencia del trayecto cognoscitivo entre orden y desorden, es decir, entre el conocimiento estable, ordenado y, entonces, perpetuado y el conocimiento no desvelado, semoviente y, entonces, no ordenado implica negociar con lo incierto (¿sería el ámbito de la duda?). En un trayecto, el siguiente paso, lo que en ese punto acontecerá, siempre será una posibilidad, una situación previsible sujeta a demostración postrera. La comprobación, sin embargo, no mostrará en tiempo ambas

---

<sup>4</sup> La homotopía (del griego, *homos*-mismo y *topos*-lugar) es un concepto algebraico que toma la característica de la topología como la geometría de lo deformable. En el ámbito de la teoría matemática, dos aplicaciones continuas de un espacio topológico en otro se dicen que son homotópicas si una de ellas puede deformarse continuamente en la otra. A pesar de que la demostración y su desarrollo teórico matemático escapa del ámbito de este discurso, intuitivamente podríamos encontrar un buen apoyo conceptual al observar un plano de metro de una ciudad como la representación topológica de la situación real. En este se representan las estaciones y las líneas que las unen, pero no es geoméricamente exacto. Las curvas y distancias no coinciden, ni en longitud ni escala, ni la posición relativa de las estaciones; sin embargo, este plano es exacto en cierto sentido, pues representa la información oportuna para decidir nuestro camino.



## **KODAK Blue Brand**

**la película radiográfica que responde,**

porque la uniformidad y seguridad de sus resultados es constante, **película tras película**. Registra el detalle con gran fidelidad y nitidez. La KODAK BLUE BRAND es la película que proporciona la máxima información diagnóstica con la mínima exposición. Asegure sus radiografías con...

**película de Rayos X Kodak BLUE BRAND**

*Película de Rayos X Kodak Blue Brand.*



certificaciones: se demuestra el estadio pasado pero desde el paso siguiente; lo presente es movimiento hacia la fijación de lo acontecido. Solo lo inamovible se puede observar y así nombrar para reconocer y ostentar sobre otros, y eso implica poder de ejecución y potencia para mermar el movimiento. De lo movable, desde nuestro punto de observación, solo podemos atesorar su movimiento, pero no su característica como cosa. Como apunta Farinelli, el atrevimiento de Anaximandro, con su representación geográfica de la Tierra sobre una tabla, fue «haber osado por primera vez fijar, y por tanto matar, con su escultura filosófica, la naturaleza, que por definición era para los griegos evolución y movimiento perpetuos; haber sacrificado la vida del mundo en función del conocimiento (del dominio) del mundo mismo, haber pues introducido la equivalencia entre rigor científico y rigor (rigidez) de muerte: únicamente el *rigor mortis* permite medir lo que nace vivo» (Farinelli, 2007:12).

Entonces, la observación del acontecimiento no puede establecer un conocimiento íntegro y no ambiguo atendiendo a un único observador sopesando a la vez situación y desplazamiento. La cuestión, no se puede obviar, vuelve a llamar a Heisenberg. Así, podremos comprobar qué susurra detrás, pero en el acto de mirar para saberlo y cerciorarse, ya es delante y un nuevo susurro se oye detrás.

Tratar con la incertidumbre es toda una incitación a la racionalidad; una necesidad de operar a través de caminos que ordenen el caos por trazados de recorridos transitables a pesar de la dificultad. «[...] en un momento u otro he de comenzar sin poner nada en duda; y eso no es, por decirlo de algún modo, un cierto tipo de precipitación que podría disculparse, sino que forma parte del juicio» (Wittgenstein, 1988:Prgf. 150). En definitiva, es la adjudicación de valores fijos a un punto de coordenadas viable y discernible como punto de establecimiento y apoyo de entrada en razón.

Cuando se produce el encuentro con las cosas y el pensamiento, es necesario que la sensación se reproduzca como la garantía o el testimonio de su acuerdo: la sensación de pesadez, cada vez que sopesamos un cuerpo, la del color, cada vez que lo contemplamos, con nuestros órganos del cuerpo que no perciben el presente sin imponerle la conformidad con el pasado. Todo esto es lo que pedimos para forjarnos una opinión, como una especie de «paraguas» que nos proteja del caos. (Deleuze y Guattari, 1993:203)

Una opinión que establece un posicionamiento sobre algo que soporta un cuestionamiento y que a la vez implica unas coordenadas de situación; es decir, la comparación con otros puntos ya situados dentro de la práctica común del ámbito acotado. El trabajo con la incertidumbre no se sostiene sino con la certificación plausible de la exención de ilegitimidad de lo aprehendido, del reconocimiento de lo infinitésimo como módulos locales del saber. Una legitimidad que arroga todo conocimiento individual como muestra común de apreciación del conjunto, del sistema.

En síntesis, la anotación de Faerna en sus reflexiones sobre la certeza de Wittgenstein en la que afirma: «la esencia del conocimiento se aprende al aprender cuando es posible la duda y cuando debemos confiar» (Faerna, 1990:87), enmarca oportunamente, bajo nuestro punto de vista, estas explicaciones por encima de la objeción que, no obstante, manteníamos al comienzo de este apartado sobre el parágrafo 147 de *Sobre la certeza*, en la que aseveraba el carácter polifacético y, a la vez, legitimado y crediticio de la imagen representada del globo terráqueo. Una objeción que sostiene una ya declarada desconfianza sobre la imposición y la uni-

versalización de lo cierto y los procedimientos para lograrlo en la cultura occidental convertidas en ley general de toda civilización, en tanto, las imágenes consensuadas y habilitadas como signos del conocimiento asentado y asumido, entonces, exactas y fijas en su más primordial característica, no ofrecen sino un solo punto de observación que mortifica y embalsama el hecho, pues ese hecho implica una conclusión parcial del acontecimiento. Sin embargo, la línea que delimita exactitud y vaguedad, movilidad y estacionalidad, orden y caos o legitimación y descrédito, en definitiva, lo incierto y lo comprobado, es porosa. Nada permanece inmóvil. Y el trayecto, ahora, quizás solo dure un paso.

Sin embargo, teniendo en cuenta el soporte y la vía de comunicación en la que queda inscrito este mismo texto, ¿es posible declarar la autonomía de un discurso, alejado de imposturas y simulacros y sin caer en el cinismo más radical, en el que precisamente se plantea una permisividad ante la exclusión de lo rígido como método de aprehensión de conocimiento del mundo, si precisamente el acto de exponerlo por escrito y representarlo insta a utilizar signos que conviene a lo riguroso con lo establecido aprensivamente?

---

Sólo el fin de una época permite enunciar eso que la ha hecho vivir, como si hiciera falta morir para convertirse en libro. (...) Escribir [ese libro] es tener que avanzar a través del territorio enemigo, en la región misma de la pérdida, fuera del dominio protegido que había dividido la localización de la muerte en otra parte. [De Certeau, 2007:215]

22

Se apuntaba con Stiegler que el sujeto, originariamente desorientado, necesitaba un apoyo para orientarse buscando estrategias para situarse de una forma segura, aún a costa de su integridad como individuo. Una actitud de trueque en la que intercambiaba su estatuto de movilidad, en tanto necesidad autónoma de aprehender o saber libremente, a cambio de la satisfacción subsumida de estabilidad controlada. De manera controvertida, la interrogante precedente lleva implícita un cuestionamiento de las reglas de objetivación en la aprehensión de conocimiento o, al menos, una respuesta que propone un distanciamiento, si no una negación, de la noción de orientación que insta a situarse en dirección del camino correcto a priori, y que privilegia la consecución y validez de conclusiones en tanto resultados parciales obtenidos en cada paso.

Sin embargo, lo vago, lo borroso y lo indeterminado no son contrarios a todo ello, sino que complementan y puede asumir el paradigma que estipula lo exacto y lo cierto; la dificultad de proveer de legitimidad a los conocimientos aprehendidos por la subjetividad de los sentidos y la inhabilitación de la incertidumbre hace posible la interpretación y la adaptación de los recursos a la experiencia y el desarrollo de un proyecto personal susceptible de ser publicado y legitimado.

Este texto que concluye propone consumir el trayecto por la cinta de Moebius: la apropiación del conocimiento que se tiene de algo es factible cuando nos encontramos con la cosa que le da sentido y cognoscibilidad. El punto de unión de los extremos de la cinta, girados, es el artificio que permite dar continuidad al recorrido, sin interrupción.



## Bibliografía

- Bal, Mieke (2006). Conceptos viajeros en las humanidades. En *Estudios Visuales*, nº 3, pp. 28-77.
- Bury, Jhon (1971). *La idea del progreso*. Madrid: Alianza editorial.
- De Certeau, Michel (2007). *La invención de lo cotidiano: 1 Artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana
- De Diego, Estrella (2008). *Contra el mapa*. Madrid: Siruela.
- De Laiglesia y González de Peredo, Juan Fernando (2008). Ideología institucional y carácter autorreflejo del arte. En De Laiglesia y González de Peredo, Juan Fernando, Rodríguez Caeiro, Martín, Fuentes Cid, Sara. (eds). *Notas para una investigación artística*. Vigo: Servicio de publicaciones de la Universidad de Vigo.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix (1993). *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama.
- Faerna, Ángel Manuel (1990). El juego de conocer (Reflexiones de Wittgenstein en torno a la certeza). En *Anales del seminario de metafísica*, nº 24, pp. 79-92.
- Farinelli, Franco (julio-agosto, 2006): La razón cartográfica, o el nacimiento de Occidente. En *Revista de Occidente*, nº 314-315, pp. 5-18.
- Feyerabend, Paul (2007). *Tratado contra el método*. Madrid: Tecnos.
- Habermas, Jürgen (2005). *Ciencia y técnica como "ideología"*. Madrid: Tecnos.
- Hacking, Ian (1995). *La domesticación del azar: la erosión del determinismo y el nacimiento de las ciencias del caos*. Barcelona: Gedisa.
- Levi-Strauss, Claude (1988). *Tristes trópicos*. Buenos Aires: Paidós Ibérica.
- Lingwood, James y Gilchrist, Maggie (1993). El entropólogo. En Smithson, Robert: *El paisaje entrópico: Una retrospectiva 1960-1973*. Valencia: IVAM [Instituto Valenciano de Arte Moderno].
- Lytard, Jean François (2000). *La condición postmoderna: informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra.
- Moraza, José Luís (2012). Arte en la era del capitalismo cognitivo. Centro de Estudios Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Recuperado el 19 de marzo de 2015 de [http://www.museoreinasofia.es/sites/default/files/banner/descargas/arte\\_en\\_la\\_era\\_del\\_capitalismo\\_juanluismoraza.pdf](http://www.museoreinasofia.es/sites/default/files/banner/descargas/arte_en_la_era_del_capitalismo_juanluismoraza.pdf)
- Sáez Rueda, Luis (2009). *Ser errático: una ontología crítica de la sociedad*. Madrid: Trotta.
- Smithson, Robert (2006). *Un recorrido por los monumentos de Passaic*, Nueva Jersey. Barcelona: Gustavo Gili.
- Stiegler, Bernard (2003). *La técnica y el tiempo. Vol. I: El pecado de Epimeteo. y Vol. II: La desorientación. Hondarribia* (San Sebastián): Hiru.
- Torres García, Joaquín (1984). *Universalismo constructivo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Von Bertalanffy, Karl Ludwig (2006). *Teoría general de los sistemas: fundamentos, desarrollo, aplicaciones*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Wittgenstein, Ludwig (1988). *Sobre la certeza*. Barcelona: Gedisa.